Julián Sanz Hoya

ESPAÑA EN CAMISA AZUL

FALANGE, CULTURA POLÍTICA Y PODERES LOCALES

COMARES HISTORIA

Julián Sanz Hoya

ESPAÑA EN CAMISA AZUL

Falange, cultura política y poderes locales

Granada, 2022

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», esta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Esta publicación se ha beneficiado de la ayuda de los proyectos *Derechas y nación en la España contemporánea* (HAR2014-53042-P, financiado por Ministerio de Economía e Innovación) y *Derechas y nación en época contemporánea. Una perspectiva transnacional* (DYNECTRANS, PGC2018-099956-B-I00, financiado por MCI/AEI/10.13039/501100011033 y FEDER "Una manera de hacer Europa").

Fotografía de cubierta: Falangistas en Zaragoza, 1936

Diseño de cubierta y maquetación: Miriam L. Puerta

© Julián Sanz Hoya

© Editorial Comares, 2022
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 • Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382
www.comares.com • E–mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-478-8 • Depósito Legal: Gr. 1695/2022

Impresión y encuadernación: COMARES

Sumario

Listado de siglas VII

Agradecimientos IX

Presentación. Cuarenta años de brazos en alto XI

Primera parte
HISTORIA Y CULTURA POLÍTICA

Cap. 1.—LA FORMACIÓN DEL FASCISMO ESPAÑOL 3
1. Los antecedentes de una cultura política: un nuevo nacionalismo 7
2. El surgimiento del fascismo español frente a la democracia republicana 11
3. Sobre la influencia del falangismo: entre el fracaso y la fascistización de la derecha 16
4. La guerra, la formación de un fascismo de masas y el falangismo de la dictadura 18

Cap. 2.—LA CULTURA POLÍTICA DEL FALANGISMO FRANQUISTA. PRÁCTICAS, SOCIALIZACIÓN Y VECTORES DE DIFUSIÓN 23
1. La Guerra Civil como crisol fundacional. Movilización *nacional*, experiencia de guerra y mitos de la Victoria 27
2. Violencia, encuadramiento y búsqueda de las masas. La praxis y la proyección de la cultura política falangista 37

Cap. 3.—FASCISMO DESPUÉS DEL FASCISMO. EL PROYECTO FALANGISTA EN LOS AÑOS CINCUENTA 57
1. Introducción. Breve estado de la cuestión y premisas de partida 57
2. Un fascismo vivo: de la Falange agazapada a la *afirmación falangista* (1948-1955) 61
3. La ofensiva de Arrese: ¿el último proyecto de Estado fascista? (1956-1957) 68
4. Reflexiones finales 73

SEGUNDA PARTE
FALANGE Y LOS PODERES LOCALES Y PROVINCIALES DE LA DICTADURA

CAP. 4.—FET-JONS EN CANTABRIA Y EL PAPEL DEL PARTIDO ÚNICO EN LA DICTADURA FRANQUISTA 77
1. EL ORIGEN DE LOS APOYOS SOCIALES DEL FRANQUISMO: EL IMPACTO DE LA SEGUNDA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL 79
2. LA CONFORMACIÓN, EVOLUCIÓN Y ASENTAMIENTO DEL PARTIDO ÚNICO 81
3. IMPLANTACIÓN, BASE SOCIAL Y PRESENCIA DE LA FALANGE MONTAÑESA 86
4. SOBRE EL PAPEL DE FET-JONS Y LA CONFORMACIÓN DE LAS BASES SOCIALES DE LA DICTADURA 91

CAP. 5.—JERARCAS, CACIQUES Y OTROS *CAMARADAS*. EL ESTUDIO DE LOS PODERES LOCALES EN LA DICTADURA FRANQUISTA 95
1. SOBRE LAS FUENTES, LOS ANTECEDENTES POLÍTICOS Y LAS FAMILIAS DEL RÉGIMEN 98
2. ¿UNA BATALLA ENTRE FALANGISTAS Y «DERECHISTAS»? IDENTIFICACIONES Y ENFRENTAMIENTOS INTERNOS EN EL SENO DE LOS PODERES PROVINCIALES Y LOCALES 100
3. LA VARIEDAD DEL MAPA LOCAL. EN TORNO AL GRADO DE RESTAURACIÓN O RENOVACIÓN Y AL PESO DEL FALANGISMO EN LOS CUADROS POLÍTICOS 105
4. ¿UN PARTIDO SOMETIDO AL ESTADO O UNA HIBRIDACIÓN ENTRE ESTADO Y PARTIDO? EL CONTROL AZUL DE LOS GOBIERNOS CIVILES 116
5. UNA REFLEXIÓN SOBRE ASPECTOS INTERPRETATIVOS Y LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN 119

CAP. 6.—EL ASALTO FALANGISTA A LOS GOBIERNOS CIVILES. LA POLÍTICA DE UNIÓN DE LOS CARGOS DE GOBERNADOR Y JEFE PROVINCIAL DE FET-JONS (1938-1945) 123
1. LOS GOBERNADORES DE SERRANO Y LAS PRIMERAS UNIONES DE CARGOS (1938-1941) 127
2. LA CRISIS DE MAYO DE 1941 Y SUS CONSECUENCIAS (1941-1942) 132
3. LA EXTENSIÓN DEFINITIVA DE LA UNIÓN DE CARGOS Y LA HEGEMONÍA AZUL (1942-1945) 137
4. CONSIDERACIONES FINALES 141

CAP. 7.—EL PARTIDO FASCISTA Y LA CONFORMACIÓN DEL PERSONAL POLÍTICO LOCAL AL SERVICIO DE LAS DICTADURAS DE MUSSOLINI Y FRANCO 143
1. CENTRO Y PERIFERIA: EL LUGAR DE LAS PROVINCIAS 144
2. RÉGIMEN, PARTIDO Y PODERES LOCALES EN EL *VENTENNIO* FASCISTA 146
3. LOS CUADROS POLÍTICOS LOCALES DEL FASCISMO Y DEL PRIMER FRANQUISMO: UNA APROXIMACIÓN COMPARATIVA 156
4. NUEVA POLÍTICA Y PARTIDO ÚNICO 160

NOTA DEL AUTOR 163

Listado de siglas

Archivos, fondos y publicaciones

AGA	Archivo General de la Administración
AGUN	Archivo General de la Universidad de Navarra
AHN	Archivo Histórico Nacional
ASD	Archivio Storico Diplomatico (Roma)
BOE	Boletín Oficial del Estado
BMFET	Boletín Oficial del Movimiento de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S
CDMH	Centro Documental de la Memoria Histórica (Salamanca, antiguo Archivo General de la Guerra Civil)
DNP	Delegación Nacional de Provincias
FNFF	Fundación Nacional Francisco Franco

Partidos y organizaciones

AC	Acción Católica
ACNdP	Asociación Católica Nacional de Propagandistas
AET	Agrupación Escolar Tradicionalista
AP	Acción Popular
ARI	Agrupación Regional Independiente
BN	Bloque Nacional
CEDA	Confederación Española de Derechas Autónomas
CNCA	Confederación Nacional Católico-Agraria
CNS	Central Nacional-Sindicalista.
CPM	Cadena de Prensa del Movimiento
CT	Comunión Tradicionalista
DRV	Derecha Regional Valenciana
FE	Falange Española
FEC	Federación de Estudiantes Católicos
FE-JONS	Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista
FET, FET-JONS	Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista

FJ	Frente de Juventudes
FJF	Falanges Juveniles de Franco
HOAC	Hermandad Obrera de Acción Católica
JAP	Juventudes de Acción Popular
JONS	Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista
MSI	Movimento sociale italiano, Movimiento Social Italiano
OJE	Organización Juvenil Española
OSE	Organización Sindical Española
PNE	Partido Nacionalista Español
PNF	Partito Nazionale Fascista, Partido Nacional Fascista
RE	Renovación Española
SEM	Servicio Español del Magisterio
SEU	Sindicato Español Universitario
SF	Sección Femenina
SGM	Secretaría General del Movimiento
UCD	Unión de Centro Democrático
UGT	Unión General de Trabajadores
UMN	Unión Monárquica Nacional
UP	Unión Patriótica

Agradecimientos

Como insisto a lo largo de la obra, los contenidos de este libro no pueden desligarse de la evolución de la historiografía sobre el fascismo, el falangismo y la dictadura franquista, y mi perspectiva se ha beneficiado notablemente de toda una serie de lecturas, debates, conversaciones y estímulos de otros colegas. Por ello, debo dar las gracias especialmente a Miguel Ángel del Arco e Ismael Saz, sin cuyo empuje, por otro lado, nunca hubiera llegado a publicar este libro. Además de los dos citados, a lo largo de los años he aprendido mucho de los trabajos y las reflexiones de especialistas en los temas tratados como Gustavo Alares, Julio Aróstegui, Tommaso Baris, Zira Box, Antonio Canales, Antonio Cazorla, Silvana Casmirri, Patxi Caspistegui, Ángela Cenarro, Francisco Cobo, Carlos Domper, Ferran Gallego, Damián González Madrid, Claudio Hernández, Martí Marín, Conxita Mir, Carme Molinero, Toni Morant, Teresa M.ª Ortega, Mercedes Peñalba, Julio Ponce, Javier Rodrigo, Óscar Rodríguez Barreira, Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Joan Maria Thomàs y Pere Ysàs, entre otros, sin olvidar al director de mi tesis doctoral, Manuel Suárez Cortina. También he aprendido enormemente y he tenido la suerte de contar con frecuencia con los ánimos y los consejos de compañeros del nivel humano y académico de Xavier Andreu, Ferran Archilés, Carlos Fuertes, Marta García Carrión, Mélanie Ibáñez, M.ª Cruz Romeo o Nuria Tabanera. En el plano personal ha sido fundamental el apoyo de Gala Vañó Ferrer, quien también me ha ayudado en la adecuación de la bibliografía a las normas, y de mi familia. Desde luego, cualquier error o interpretación poco afortunada presente en el libro es responsabilidad única del autor, pero si hay algo de mérito en este volumen se debe en su mayor parte a la deuda intelectual con las personas antes citadas y con muchas otras. Confío en haber logrado que el libro resulte interesante y pueda ser de alguna utilidad para entender la dictadura franquista.

Presentación
Cuarenta años de brazos en alto

Hace algunos años, caminando por las calles de Valencia, encontré en mitad de una acera varios montones de libros y objetos que varios trabajadores, encargados de vaciar una casa, estaban dejando allí tirados, de modo que los transeúntes podían recoger lo que desearan antes de que fuese todo a la basura. Como quien comienza este libro estará suponiendo, pese a que tenía cierta prisa no pude reprimir el impulso de detenerme a ojear los papeles depositados en el suelo y hacerme con algunos de ellos, como hicieron con apremio otras personas mientras comenzaba a llover. Entre lo que pude ver por allí estaban dos hagiografías sobre Francisco Franco, un recopilatorio de textos de José Antonio Primo de Rivera, así como —entre otros muchos libros, una parte de ellos de historia— volúmenes de Ricardo de la Cierva, Antonio Izquierdo y Fernando Vizcaíno Casas, sin que faltaran, metidos entre sus páginas, algunos recortes de *ABC*, *El Alcázar* y *El Heraldo Español*. Por lo que saqué en conclusión de esos y otros documentos, el propietario parecía haber sido militar, amén de franquista convencido y tal vez falangista. Nada extraño, ni extraordinario, como no lo era que su biblioteca y sus objetos personales hubiesen acabado en la calle de aquella manera tan triste.

Nada extraño, pues no es infrecuente que, al vaciar las casas de sus familiares fallecidos, muchos españoles puedan encontrarse con ese tipo de libros, con diplomas de la realización del Servicio Social en la Sección Femenina, con fotografías de campamentos del Frente de Juventudes, con insignias, medallas o recordatorios póstumos falangistas, o incluso con ejemplares de boletines oficiales recogiendo nombramientos en cargos menores del aparato institucional del franquismo, incluyendo al partido único o al sindicato vertical. Nada extraordinario, el que fuera todo ello a la calle, cuando no directamente a un contenedor de la basura, en un país donde apenas se ha hecho un esfuerzo público por rescatar la documentación histórica de todo tipo en manos privadas. Tampoco sorprende demasiado, si recordamos que buena parte de los antiguos fondos de las jefaturas provinciales y locales de Falange, así como de los gobiernos civiles, se destruyeron durante la transición siguiendo órdenes de los ministros Rodolfo Martín Villa e Ignacio García López, y que muchos otros fondos documentales sobre la guerra

civil, la dictadura y la transición han sido durante mucho tiempo o son aún de difícil acceso para la investigación. Aunque, ciertamente, cada vez hemos podido acceder a más fondos de este tipo, encontrando en muchos de ellos la presencia del yunque y las flechas que representaban al partido único. Como podemos localizar en la prensa, hasta el primer trimestre de 1977, constantes referencias a las reuniones y las actividades de los consejos locales y provinciales del Movimiento.

Al fin y al cabo, España ha sido el único Estado del mundo en el que después de 1945 se mantuvo un partido único de raíces fascistas (FET-JONS/Movimiento Nacional), en el seno de una dictadura encabezada por su jefe nacional, el general Franco. Pese a la hostilidad manifiesta de una parte relevante de la población, a la difícil situación económica que atravesó durante la larga posguerra y a momentos de aislamiento internacional, la dictadura fue capaz de perpetuarse durante cuarenta años. Sin duda alguna, en ello tuvo mucho que ver el recuerdo de la guerra y la feroz represión desatada contra cualquier actividad de oposición, así como el apoyo de la Iglesia. De ahí que se haya aludido sobre todo a factores como la fuerza militar, la violencia represiva y la legitimación religiosa como las claves explicativas de la duración del franquismo, que se habría asemejado entonces a la aparente vuelta a la «dominación desvergonzadamente simple del sable y la sotana» a la que Karl Marx se refirió al analizar el golpe de Luis Bonaparte [1]. Pero la dictadura tuvo otros rasgos sin los cuales resulta imposible explicar ni su larga duración, ni sus dinámicas internas, entre ellos el componente fascista representado por el partido único, FET-JONS, luego renombrado como Movimiento Nacional. En este sentido, este libro parte de asumir que el estudio de la dictadura exige analizar tanto sus mecanismos de represión, coacción y control social como los fundamentos del sistema político e igualmente las bases sociales y culturales que hicieron factible la construcción, el funcionamiento y el sostenimiento del régimen. En unos y otros aspectos, quien investiga sobre aquellos años se encuentra con frecuencia la presencia del falangismo, en torno a un partido único que, si bien estuvo lejos de monopolizar el poder estatal, mantuvo cuotas relevantes del mismo, participó en el control social y la represión, contribuyó de manera notable a la conformación de las bases simbólicas, ideológicas y sociales del sistema, e igualmente le proporcionó una buena parte de su personal político y de sus políticas de penetración social.

Son aspectos que cada vez parecen más claros a la luz de la historiografía reciente, pero que sin embargo han sido con frecuencia largamente ignorados o minusvalorados [2].

[1] K. Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, incluido en *Obras escogidas* (I), Madrid, Akal, 1975, p. 253. Es importante tener en cuenta asimismo la gran relevancia que dio el revolucionario de Tréveris al peso de la burocracia estatal como sostén imprescindible del gobierno de Luis Bonaparte.

[2] Una buena referencia de la historiografía reciente en el libro colectivo M. Á. Ruiz Carnicer (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013.

Durante bastante tiempo se ha mantenido una visión, aún con cierto peso, que despreciaba la influencia del falangismo, considerando que se había limitado a ciertos arreos externos miméticos de los fascismos europeos y a la contribución de los camisas azules a la violencia represiva, así como —en el caso de los enfoques más cercanos al marxismo— al reforzamiento de la dominación de clase. De este modo, se ha defendido que el régimen de Franco había sido ante todo una dictadura personal, militar, tradicional, conservadora, católica, restauradora (términos usados con frecuencia sin apenas precisión), en la cual el componente falangista resultaba débil y por completo subordinado, hasta el punto de ser identificado a veces como una simple variante del pensamiento católico, reaccionario y tradicional español. Otros analistas han considerado que se había tratado de una dictadura fascista debido a la «función social» desempeñada en orden a aniquilar la democracia y al movimiento obrero, asegurando el dominio de los intereses capitalistas; pero una dictadura en la cual, paradójicamente, los fascistas propiamente dichos apenas habrían tenido peso y los brazos ejecutores del fascismo habrían sido el Ejército y la Iglesia (algún autor hace fascistas indistintamente a todos los franquistas, convirtiendo fascismo y extrema derecha en sinónimos indiferenciados). En todo caso, el componente nacionalsindicalista aparece casi siempre presentado en tales versiones como algo débil, absorbido por la «derecha tradicional», de modo que el proyecto específico sostenido por los falangistas se considera tempranamente liquidado, derrotado y fracasado.

Independientemente del conocido y recurrente debate sobre la naturaleza del franquismo, con frecuencia limitado a la disputa sobre si el régimen debe etiquetarse como *autoritario* o *fascista*, una de las consecuencias de este punto de vista ha sido la insuficiente atención prestada a la influencia social, cultural y política ejercida por el falangismo en el largo plazo. En efecto, si se consideraba que la profusión de brazos en alto y uniformes había sido primero solo resultado de una fiebre mimética, en el contexto de la era de los fascismos, y luego meramente un atavío bajo el cual se encontraba la derecha tradicional, no resultaba crucial su estudio. Con todo, es cierto que diferentes trabajos se habían preocupado de analizar la evolución de FET-JONS, sobre todo en sus primeros años, de sus diferentes ramas (Organización Sindical, Sección Femenina, Frente de Juventudes, SEU), de su prensa, así como de su actividad en las provincias, pero hasta tiempos recientes aún era frecuente considerar que todo aquello había resultado un absoluto fracaso, un enorme montaje artificial que era incapaz de ocultar la falta de apoyos sociales. No cabe duda de que la conclusión resulta correcta con respecto a los desmesurados objetivos máximos del falangismo, que, como sus homólogos fascistas, aspiraba a crear una comunidad nacional entusiasta, unida, sin divisiones internas, enfebrecida por el ideal de renacimiento de la patria representado por el partido y el líder, base de una voluntad conquistadora de glorias externas. La mísera España de aquella larga posguerra de hambre, represión y continuada discriminación contra los vencidos poco tenía que ver con la fraseología imperial y heroica tan del gusto de Falange, a la cual la mayoría de la población juzgaba como cómplice o culpable de la triste situación del país. Pero todo ello no implica que deba desecharse sin más la mayor o menor influencia

y penetración del falangismo, entendiendo la cuestión de una manera compleja, en el sentido de que muchas veces las influencias se pueden traslucir de modos muy diversos y, desde luego, cambiantes en el tiempo.

En esta línea, en los últimos años se ha producido una importante renovación y ampliación de los estudios sobre el fascismo español. Este nuevo enfoque ha venido de la mano, entre otros aspectos, del interés por sus dimensiones culturales y sociales, a partir de las influencias de la historia cultural, la historia de las ideas y la perspectiva de las culturas políticas, como también de la historia social y el estudio de las políticas de captación de las masas, sin dejar de lado la historia de las instituciones o de la alta política. En general, los estudios originados a partir de estos intereses han tendido a revalorizar la función desempeñada por el falangismo en la construcción cultural, social y política de la dictadura franquista, incorporando una notable atención a los debates internacionales y a la renovación de los estudios sobre los fascismos, sobre las experiencias bélicas y, más ampliamente, sobre las culturas políticas[3]. En esta línea, el auge de la perspectiva cultural ha favorecido que la historiografía española venga prestando una atención cada vez mayor a la ideología, el discurso, las representaciones, los mitos, los ritos y los símbolos del falangismo. Estos ya no se contemplan como un simple telón demagógico, sino como elementos de una cultura compartida que tuvieron notables efectos en el diseño político del *Nuevo Estado*, en el partido único, en la movilización derechista de la guerra civil y en la condensación de la base social de la dictadura. Asimismo, el análisis en profundidad de la cultura política falangista ha mostrado sus orígenes propios en el magma nacionalista nacido de la crisis finisecular, profundizando en cómo se produjo la recepción y la elaboración de las ideas fascistas y en cómo se construyó una ideología plenamente inserta en el ámbito de los fascismos.

Estas perspectivas se han visto muy influenciadas por la renovación de la historiografía internacional sobre los fascismos, así como, más ampliamente, sobre las culturas políticas derechistas y la historia —comparada o no— de las dictaduras. Los estudios sobre el fascismo han alcanzado una notable madurez, con la definitiva fijación de la centralidad en el sujeto fascista, su proyecto, su ideología y su cultura, y no tanto en factores estructurales que provocasen la aparición de los camisas negras, pardas o azules. Como ya indicó Timothy Mason, la defensa de unos determinados intereses de clase no resultaba un factor suficiente para explicar las políticas del nacionalsocialismo, pues en el mismo resultaba esencial la «primacía de la política». Dando un paso más allá, Roger Griffin, posiblemente el teórico del fascismo genérico más influyente en los últimos años, ha subrayado la «primacía de la cultura», esto es, el carácter fundamental que tienen los aspectos culturales, simbólicos e ideológicos en los fascismos. Igualmente, los importantes estudios de Emilio Gentile sobre el caso italiano han incidido en la

[3] Un repaso en detalle de esta renovación en J. Sanz Hoya, «Falangismo y Dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español», en M. Á. Ruiz Carnicer (ed.), *Falange*, pp. 25-60.

revalorización de su ideología, en sus componentes de religión política y pensamiento mítico, además de señalar su carácter moderno, revolucionario y totalitario. Gentile, Burrin y otros han contribuido a redefinir el concepto de totalitarismo, dejando de lado viejos moldes ideales ahistóricos para poner el acento, más que en los límites siempre existentes, en las realizaciones, en la inequívoca «voluntad totalitaria» del fascismo, en su aspiración a crear un Estado nuevo y una nueva cultura nacionalista penetrando en todos los ámbitos sociales [4].

Estos planteamientos se recogen, hasta cierto punto, en la noción de fascismo que se maneja en este libro. Considero, con buena parte de la historiografía actual, que el fascismo como ideología y como cultura política se funda, en el periodo de entreguerras, en la idea de una revolución nacional, en la obsesión por la regeneración o el renacimiento de una patria en decadencia —lo que Griffin ha llamado «una forma palingenésica de ultranacionalismo populista»—. Un proyecto que, además de una larga lista de enemigos (destacando su antimarxismo, antidemocratismo, antiliberalismo, antifeminismo, racismo y anticonservadurismo), aspira a forjar una comunidad nacional unida, entusiasta, jerarquizada y conquistadora, a través de la captación populista de las masas, la militarización de la acción política, la búsqueda de un modelo económico-social intervencionista y todo ello bajo el liderazgo de un Estado de partido único, guiado por una voluntad totalitaria de (re)construcción y control social [5].

Con todo, conviene tener presente la pluralidad interna de todos los movimientos fascistas, así como la distancia que separa las elaboraciones culturales o doctrinales de los intelectuales y los dirigentes de las que mantenían los cuadros medios o los militantes de base, con frecuencia más sumarias, cuando no contradictorias, dado el conjunto de factores relacionales y emocionales de todo tipo que influyen en la identificación política. También es importante recordar las influencias cruzadas con otras culturas políticas, pues los fascismos mantuvieron una notable interacción con otros movimientos y ámbitos políticos, en especial con sus aliados en la lucha contra la democracia y el movimiento obrero. Estos influjos recíprocos permiten explicar tanto la profusa *fascistización* de diferentes sectores de la derecha europea, como la cercanía perceptible entre las alas

[4] T. Mason, «La primacía de la política: política y economía en la Alemania nacionalsocialista», en S. J. Woolf (ed.), *La naturaleza del fascismo*, México, Grijalbo, 1974, pp. 171-197; R. Griffin, «The Primacy of Culture: the Current Growth (or Manufacture) of Consensus within Fascist Studies», en *Journal of Contemporary History*, vol. 37(1), 2002, pp. 21-43; E. Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2002; P. Burrin, «Politique et societé: les estructures du poivoir dans l'Italie fasciste et l'Allemagne nazie», *Annales*, mayo-junio 1988, pp. 615-637.

[5] Como referencias principales es preciso citar R. Griffin, *The Nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1991 (definición en p. 26) y *Fascismo*, Madrid, Alianza, 2018; S. Payne, *El fascismo*, Barcelona, Altaya, 1996 (ed. or. en inglés, 1980); I. Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

«de derecha» de los movimientos fascistas y el entorno de la derecha reaccionaria, especialmente aquella de impronta maurrasiana [6].

Resulta necesario, asimismo, tener en cuenta las limitaciones de una definición solo centrada en los aspectos ideológicos, que obvie los factores relacionados con las clases y las relaciones sociales, las prácticas políticas concretas, las políticas de alianzas y la adecuación a contextos históricos cambiantes. Por ello, es fundamental atender a los entornos y los intereses económico-sociales que rodearon e hicieron posible el fenómeno fascista, que emergió como parte de un agudo contexto de lucha de clases, pues el crecimiento, el acceso al poder y las políticas desarrolladas por los fascistas se vieron mediadas por este contexto y por los acuerdos con una serie de ámbitos institucionales (ejército, fuerzas de orden público), políticos (grupos de derecha) y sociales (burguesía industrial, financiera o agraria). Al fin y al cabo, la feroz oposición al movimiento obrero y a la democracia no solo fue un rasgo esencial del fascismo, sino que resulta indispensable para explicar los apoyos que alcanzó en tanto que valladar contrarrevolucionario, sus alianzas, así como su acceso al poder y sus políticas [7].

Dicho de manera más directa, usar una definición o tipo-ideal como la que plantea Griffin resulta útil para comprender la cultura, la ideología y la autorrepresentación de los fascistas. Pero, sin embargo, utilizarla para intentar buscar su presencia en estado puro en una modesta jefatura local o en las disputas por el poder de una villa o una pequeña ciudad constituye un mal ejercicio de historia, pues tales realidades concretas, mediadas por experiencias específicas, factores de adhesión personal o grupal, dinámicas de poder locales, enemistades, lealtades y redes clientelares, resultan difícilmente aprehensibles a partir de categorías usadas para una definición desde arriba y global de un fenómeno tan amplio y proteico como el fascismo.

La renovación de los estudios internacionales ha implicado asimismo dejar definitivamente atrás la idea, típicamente liberal, que consideraba al fascismo como una desviación aberrante en la historia del progreso o de la creciente modernización de las sociedades. De acuerdo con este último punto de vista, marcado por la perplejidad ante los elementos irracionalistas presentes en los fascismos y ante su «bárbara» adopción de la violencia, solo podía entenderse su irrupción en la «civilizada» Europa del siglo XX

[6] I. Saz, *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004; I. Saz, Z. Box, T. Morant y J. Sanz (eds.), *Reactionary Nationalists, Fascists and Dictatorhips in the Twentieth Century*, Cham, Palgrave, 2019.

[7] Sobre estos aspectos es conveniente atender las críticas desde perspectiva marxista a los planteamientos de Griffin, recogidas en el dossier coordinado por D. Roberts y R. Griffin, «The 'Fascist Revolution': Utopia or Façade? Reconciling Marxist and Non-Marxist Approaches», *Journal of Contemporary History*, n.º 11 (4), 2012; D. Roberts, *Fascist Interactions: Proposals for a New Approach to Fascism and its Era*, Nueva York, Bergham Books, 2016; también los debates en F. Cobo, C. Hernández y M. Á. del Arco (eds.), *Fascismo y modernismo*, Granada, Comares, 2016. Para las dinámicas políticas concretas, R. Paxton, *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005, y para los entornos sociales de arraigo del fascismo, M. Mann, *Fascistas*, Valencia, PUV, 2006.

como el resultado de historias peculiares, de modernizaciones fracasadas o anómalas. Este tipo de interpretaciones han resultado superadas por la constatación del carácter plenamente moderno del fenómeno fascista, surgido a partir de los elementos culturales procedentes de la crisis de *fin de siglo*, de la extensión de las ideas nacionalistas y de las respuestas ante la crisis de hegemonía de la clase dominante en la Europa de entreguerras.

Otro tanto puede decirse del caso español. Una de las principales aportaciones de la historiografía especializada de las últimas décadas ha sido encajar definitivamente la historia de España en su marco europeo, rechazando la idea de que se tratase de un país anormal —si acaso, «tan extraño como cualquier otro»— y la larga narrativa que desde finales del siglo XIX veía en el devenir español una sucesión de fracasos y atrasos frente a un supuesto modelo ideal e idealizado de progreso. Se trata de una innovación interpretativa fundada en los estudios más sólidos sobre la evolución económica, política, social y cultural de la España del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, pero que los historiadores apenas hemos sido capaces de trasladar a la esfera pública [8]. Incluso, durante mucho tiempo, la visión tradicional ha continuado afectando a los estudios sobre el falangismo y el franquismo, interpretando el supuesto carácter arcaizante de la dictadura franquista como resultado del «secular atraso» o de diferentes versiones del fracaso en la modernización del país. Sin embargo, como intentaré mostrar más adelante, tanto el falangismo como la dictadura supusieron una respuesta plenamente moderna e inserta en su contexto europeo, en el que se estaban imponiendo en aquellos momentos regímenes como los de Mussolini, Salazar o Hitler. La excepción, la anomalía ibérica, vendría a continuación, cuando después de 1945 España y Portugal se convirtieron en las únicas dictaduras hijas de la era del fascismo en Europa.

Mi propia evolución como historiador ha acusado esta evolución de la historiografía, al tiempo que el análisis de las fuentes y la reflexión sobre su interpretación iban modificando mi perspectiva sobre el asunto. Volviendo la vista atrás, cuando en el curso 1997-1998 me encontraba dando los primeros pasos en los estudios de doctorado, mi punto de partida se hallaba bastante influenciado por los planteamientos que habían sido y continuaban siendo dominantes, que desde diferentes posiciones incidían en las ideas de la debilidad y el fracaso del falangismo. Pasados unos años, los resultados de mis investigaciones sobre las derechas en el periodo republicano y la construcción de la dictadura franquista en Cantabria me permitieron extraer una imagen algo diferente. En primer lugar, comprobé la relevancia que tuvo el impulso contrarrevolucionario desarrollado en los años treinta para la creación de una amplia base social, movilizada

[8] Una buena síntesis reciente que recoge esta renovación es la de P. RADCLIFF, *La España contemporánea, desde 1808 a nuestros días*, Barcelona, Ariel, 2018. La referencia entrecomillada hace referencia al texto, fundamental en el debate sobre la nacionalización española, de F. ARCHILÉS y M. MARTÍ, «Un país tan extraño como cualquier otro: la construcción de la identidad nacional española contemporánea», en M.ª C. ROMEO e I. SAZ (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, PUV, 2000, pp. 245-278.

con una socialización política de masas en clave antidemocrática, autoritaria, nacionalista y anti-izquierdista. Asimismo, pude analizar la importante presencia de una cultura política, un proyecto y una militancia específicamente falangistas, una corriente fascista que estuvo lejos de ser flor de un día, pues impregnó notablemente los discursos, las prácticas y el funcionamiento institucional de la dictadura. También, en tercer lugar, que a los largo de los primeros años cuarenta se había ido afirmando un creciente control de la política provincial por parte del partido único, FET-JONS, controlado por la vieja guardia, de la mano de toda una serie de gobernadores falangistas, dando inicio a un largo dominio azul que parecía extenderse a lo largo de los años cincuenta, e incluso sesenta.

Estos resultados, así como las sugerencias del tribunal de tesis, me animaron a una indagación más atenta a la función desempeñada por el partido en los ámbitos provinciales, con una mayor reflexión sobre las fuentes y los conceptos utilizados en el creciente y algo caótico magma de estudios sobre las instituciones y el personal político local, así como una mirada comparativa con respecto a otros regímenes similares. Estos objetivos reflexivos y comparativos orientaron una estancia postdoctoral en Italia, al tiempo que comencé una larga vinculación a proyectos fundados en el estudio de las culturas políticas, conectando con el potencial del enfoque centrado en el análisis cultural para analizar las bases y la evolución del fascismo español.

* * *

Esta línea de trabajo es la que ha llevado a este libro, que tiene el objetivo de ofrecer algunas respuestas que ayuden a entender lo que significaron el falangismo y el Movimiento en el marco de la dictadura y del período franquista, con especial atención al *primer franquismo* (1936-1957)[9]. Partiendo de los resultados de las investigaciones más recientes, tanto propias como de otros autores y autoras, pretendo incidir en dos grandes vías o ejes de aproximación sobre el tema: de un lado, la cultura política y la evolución general del proyecto falangista; de otro, la función y la actuación del partido único en las provincias. Para ello, esta obra se basa en una serie de trabajos escritos por el autor a lo largo de los últimos años, convenientemente revisados y ampliados en mayor o menor medida, a fin de favorecer la coherencia del libro y actualizar su contenido. Pienso que el resultado será de utilidad para acercar al lector al avance de los debates y los estudios sobre el fascismo español, sin el cual resulta imposible entender la historia de nuestro país a lo largo del siglo XX, ni probablemente las raíces del rearme reaccionario que estamos presenciando en los últimos tiempos.

[9] Uso el concepto de *primer franquismo* —frecuente en la historiografía, aunque con cronologías cambiantes, según se inicie en 1936, 1938 o 1939, y se finalice en 1945, 1951, 1957 o 1959— de manera operativa, sin pretender que responda a una fase perfectamente caracterizada o coherente, pero que en este caso se corresponde con los años de mayor fortaleza de FET-JONS (fundamentalmente, 1939-1957) y, asimismo, con el periodo que he podido estudiar mejor.

La primera parte del libro trata de proporcionar una síntesis actualizada sobre la cultura política y la evolución del proyecto falangista, con atención a las ideas-fuerza, las representaciones y las identidades que fueron difundidas desde el partido e interiorizadas en diversas maneras por sus cuadros y sus bases militantes.

Así, el primer capítulo está dedicado a la formación del fascismo español, esto es, a sus antecedentes y al desarrollo de una cultura política específica, que —como ocurrió en otros movimientos homólogos— se desarrolló como respuesta frente a la forja de un sistema democrático en la Segunda República. Lejos de la idea de un actor cuya tardía llegada a escena dificultó su consolidación y facilitó su fracaso debido al estallido de la guerra y el consiguiente protagonismo militar, la historiografía viene mostrando que la espiral de violencia, la movilización en los frentes y las retaguardias y el ambiente de «resurrección nacional» desatados desde julio de 1936 ofrecieron la coyuntura adecuada para la conversión del falangismo en un movimiento de masas, proveyendo a su militancia de algunos de sus mitos y vivencias fundamentales. En este contexto, Franco y Serrano Suñer apostaron por hacer de FET-JONS el partido único de la naciente dictadura, considerando que el falangismo podía ofrecer muchos de los mimbres necesarios para fundar el pretendido *Nuevo Estado*, siguiendo la senda totalitaria iniciada por Mussolini [10].

La unificación de Falange Española y de las JONS (FE-JONS) y de la Comunión Tradicionalista en abril de 1937, mediante el decreto por el que la naciente entidad fusionada (FET-JONS) se convirtió en partido único en la zona rebelde, se ha caracterizado como «un golpe de Estado al revés», mediante el cual Franco se hizo con el control del partido. Ciertamente, hay razones sobradas para defender que se trató de la captura de Falange —más que del tradicionalismo, que tendió a preservar su autonomía— por el dictador, facilitada además por la muerte o la defenestración de los principales líderes fascistas, más que de una captura del poder por el partido. Con todo, es importante tener en cuenta que la nueva organización tuvo mucho de continuidad con la anterior Falange, pues la *vieja guardia* se hizo progresivamente con el control de la dirección, dejando a los tradicionalistas cada vez más orillados. Como se ha indicado, fueron la guerra y el decreto de unificación los factores que abrieron el camino al desarrollo del fascismo español, no solo como movimiento de masas y partido único de la dictadura, sino también como la cultura política que dio inicialmente su principal basamento al régimen. En todo ello, como base militante, como partido y como ideología y cultura, el falangismo desempeñaría una función descollante durante las décadas siguientes.

[10] Para las condiciones de desarrollo del fascismo falangista durante la guerra, desde diferentes presupuestos: I. Saz, *Las caras del franquismo*, pp. 44-49; F. Gallego, *El evangelio fascista*, pp. 443-479; J. Rodrigo, «A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista», en M. Á. Ruiz Carnicer (ed.), *Falange*, pp. 143-167.

Al hilo de este último aspecto, el segundo capítulo se ocupa de la cultura política falangista durante la dictadura, incluyendo la guerra civil. Se utiliza el enfoque de las *culturas políticas* por considerar que este puede proporcionar herramientas útiles para explicar la atracción, la identificación y los códigos que en torno al nacionalsindicalismo desarrollaron muchos españoles y españolas. Por ello, se plantea un acercamiento a los discursos, las mentalidades, las formas de encuadramiento y otros «vectores de difusión» del falangismo, desde la experiencia de la violencia y los anhelos de regeneración nacional durante la guerra civil y la posguerra, hasta los planteamientos desarrollados en el Frente de Juventudes, el SEU, la Sección Femenina o las políticas sociales *azules*. Ciertamente, se trata de un bosquejo general, que sin duda deja muchos elementos fuera, de un tema que aún precisa de una profundización mucho mayor, incluyendo monografías específicas. Hasta el momento, sabemos bastante sobre las ideas defendidas por los intelectuales y los dirigentes falangistas del primer franquismo —aunque con una notable carencia de biografías o retratos de grupo—, el discurso de la prensa, las políticas sociales y su uso propagandístico, o las formas de encuadramiento y la experiencia militante en las organizaciones de masas juveniles o femeninas, pero todavía conocemos poco sobre la experiencia, las ideas y las vivencias de los cuadros y la militancia común, e igualmente sería preciso profundizar en las mudanzas que se produjeron en la forma de entender el Movimiento en los dos últimos decenios de la dictadura.

La perduración temporal nos lleva necesariamente a introducir aquí una acotación sobre las interpretaciones que han tendido a dar al partido, como estructura de poder, y al falangismo, en tanto que forma de identidad y cultura política, como tempranamente derrotados, marchitados o impotentes. Lo cierto es que la historiografía nos ha dejado una serie de juicios sumarios que, en mi opinión, se compadecen mal con una lectura atenta de las fuentes. Según a qué autor consultemos podemos leer que el fascismo español ya había fracasado irreversiblemente en 1936 por su debilidad numérica; que Falange había quedado desnaturalizada por la invasión de nuevos militantes desde 1936 y anulada por su subordinación a Franco que supuso el decreto de unificación en abril de 1937; que fue vencida, comenzó su declive, e incluso pareció abandonar su proyecto específicamente fascista en 1941-1942 por el freno a la ofensiva del grupo radical en torno a Serrano Suñer y la posterior salida de este del gobierno; que se precipitó a su final en 1943-1945, con las derrotas de los fascismos europeos y la «desfascistización» del régimen, con lo cual desde el final de la guerra mundial el partido «había dejado de existir». Por si quedara algo en pie, se añade, quedó rematado por la Ley de Sucesión de 1947 y, definitivamente, por el fracaso de los proyectos de institucionalización promovidos por Arrese en 1956 y el posterior ascenso de los tecnócratas, con lo que se convirtió en un «cadáver político» y «se redujo a poco más que un suspiro». Todavía sufrió nuevas derrotas con el nombramiento de Juan Carlos de Borbón como sucesor de Franco, el cambio ministerial de 1969 y el fracaso de la ofensiva de Utrera Molina para relanzar el Movimiento en 1974-1975, hasta llegar a la disolución de este por decreto de 1 de abril de 1977 [11].

Sin embargo, ocurre que todo este cúmulo de derrotas y entierros no impidió que los falangistas siguieran teniendo un notable peso en el gobierno, en la legitimación de la dictadura, así como el control de las organizaciones de masas, del aparato sindical y de la prensa. Ello les permitió revitalizar e institucionalizar la función del Consejo Nacional y emprender nuevas ofensivas en las décadas de 1950, 1960 y 1970, además de continuar proveyendo de destacados cuadros políticos a la dictadura hasta su mismo final. Parecen muchas batallas para un ejército al que se había dado por liquidado desde hacía décadas.

En este sentido, una relectura de la historia de FET-JONS debería detenerse de nuevo en profundidad en la primera mitad de los años cuarenta, la etapa que ha sido considerada como la más fascista o *fascistizada* del régimen, pero donde con frecuencia se han situado también algunos de los fracasos decisivos del falangismo. Sin embargo, fue en el periodo 1939-1945 en el que se asentaron las funciones y los espacios propios de FET-JONS y del falangismo franquista. Desde luego, el final de época que supuso la derrota de las fuerzas nazifascistas en 1945 puso seriamente a prueba la continuidad de Falange y obligó a esta a redefinir su posición en un tiempo que había pasado de la *era de los fascismos* a la *guerra fría*. Fue un contexto extraordinariamente difícil donde el falangismo, además de proclamar hacia afuera un pretendido carácter ajeno al fascismo, se vio obligado a dar un paso atrás en la política nacional y rebajar un tanto su presencia pública. Con todo, como puede observarse por ejemplo en las páginas dedicadas a la política en las provincias en la segunda parte del libro, el partido conservó casi todas sus parcelas de poder y siguió estando muy presente en la realidad española. Su protagonismo se vio rápidamente refrendado una vez que la dictadura superó los años de mayor aislamiento en la posguerra mundial, lo que llevó a una evidente reactivación en los años cincuenta.

El capítulo tercero analiza precisamente el carácter y los contenidos de esta renovada actividad nacionalsindicalista, especialmente entre 1948 y 1957, retomando un análisis cronológico. Desde los años del cambio de década el falangismo no dudó en reivindicar nuevamente una posición hegemónica en el aparato de poder franquista, al tiempo que buscó relanzar su actividad política, sindical y cultural. Lejos de producirse un abandono o una mutación profunda en la cultura política del fascismo español, lo que encontramos es una adaptación de su programa al escenario internacional de la guerra fría y al contexto de estabilización del régimen desde el final de los años

[11] El «principio del fin del proyecto fascista de Falange» desde 1941 en I. Saz, *España contra España*, p. 309, si bien más adelante se matiza hablando de «un proceso de desfascistización, pero limitado» (p. 371). Varias de las derrotas y finales falangistas citados en A. Lazo, *Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército*, Madrid, Síntesis, 2008, pp. 16-17, 296 y 364. El «suspiro» en J. Tusell, *Dictadura franquista y democracia*, *1939-2004*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 148.

cuarenta. El proyecto totalitario de Arrese en 1956 pone de manifiesto precisamente tanto la continuidad como la fuerza del falangismo, aunque su derrota mostrará también los límites impuestos por la necesidad de Franco de contar con el apoyo de la Iglesia y de las otras sensibilidades internas del régimen. Desde luego, los cambios producidos desde 1957 supusieron un cambio sustancial en los equilibrios internos del régimen, aunque no implicaron —como se ha pretendido— el apartamiento o la relegación a un lugar simbólico del partido, pues este continuó ejerciendo una destacada función en el reparto del poder, la legitimación propagandística y las políticas de la dictadura. Queda abierta, en todo caso, la reflexión sobre el carácter del proyecto representado a partir de entonces por dirigentes como Solís, Herrero Tejedor, Fraga, Fernández-Miranda o Utrera, que cabría leer como un falangismo evolucionista o «desarrollista».

La segunda parte del volumen ofrece otro punto de vista, centrado en la función desempeñada por el partido único en el control político de las provincias, que fue uno de los espacios en los que mantuvo una mayor cuota de poder. En ese sentido, atiende a aspectos como la provisión y la significación de los cuadros intermedios del régimen, el papel jugado por los gobernadores civiles, así como las políticas implementadas en los ámbitos periféricos.

Para ello, se parte en el apartado cuarto de ofrecer un análisis de caso centrado en la entonces provincia de Santander durante el primer franquismo. Este muestra una Falange más fuerte, activa y predominante en el ámbito provincial de lo que se venía planteando en otros estudios. En concreto, recoge que la organización mantuvo un poder muy relevante en el interior del aparato estatal franquista y que había desempeñado una función clave en la conformación de los apoyos sociales al régimen, entre los cuales era preciso tener en cuenta una heterogeneidad que incluía a sectores relevantes del campesinado y de la pequeña burguesía. En suma, el partido parecía haber contribuido decisivamente a canalizar y organizar estos apoyos, sustentando en los mismos (especialmente en jóvenes excombatientes encuadrados en sus filas) una significativa renovación de los cuadros políticos locales en los años cuarenta.

¿Se trataba todo ello de una excepción o bien dejaba traslucir una situación más extendida que no había sido correctamente percibida o descrita? Lo cierto es que, aunque la fuerza del fascismo montañés no fuera trasladable a buena parte de España, en otras provincias aparecían evidencias similares en aspectos como el nombramiento de gobernadores civiles falangistas, la renovación del personal político en los años cuarenta y la importancia del papel de FET-JONS en las provincias.

El capítulo quinto busca responder a los desafíos y los interrogantes surgidos a partir del anterior caso a través de un análisis de los poderes provinciales y locales en el conjunto de España. Para ello, presenta una reflexión crítica y un estado de la cuestión sobre las investigaciones dedicadas a las instituciones y los cuadros políticos en los ámbitos locales y provinciales, a fin de responder a los debates sobre el grado de restauración o renovación perceptible en éstos y la posición ocupada por el partido. Con frecuencia, se ha venido afirmando que en las diputaciones, las ciudades, las villas

o los pueblos el franquismo significó la vuelta al frente de las instituciones locales de unas mal definidas «viejas elites», es decir, de conocidos políticos de los años veinte y primeros treinta, así como representantes caracterizados de la burguesía autóctona. Según este análisis, FET-JONS se habría convertido también en un nicho ocupado por «caciques de toda la vida», antiguos cedistas o monárquicos, o bien simplemente por los falangistas más dóciles, los cuales asistieron a una simple y llana restauración del *statu quo* anterior a 1931 que escamoteaba toda posibilidad de llevar a cabo su pretendida revolución y devolvía el poder y la influencia a aquellos que siempre la habían detentado.

Sin embargo, defiendo que es imprescindible tomar en consideración en mayor medida el fuerte impacto de los procesos de radicalización y fascistización experimentados por las derechas durante la guerra, así como ampliar el marco cronológico de observación. Debe tenerse en cuenta que muchos de los estudios que indicaban la vuelta de apellidos reconocibles de la política o la clase dominante local se habían limitado a la guerra civil o los primeros años de la posguerra. Aun así, algunos trabajos ya habían detectado un creciente peso de Falange desde el final del conflicto, un hecho que se confirma si se extienden las pesquisas al conjunto de los años cuarenta y cincuenta. Esto permite constatar que la ofensiva falangista de los primeros años de la posguerra se tradujo con frecuencia en la sustitución de bastantes prohombres de la derecha previa por cuadros del partido, muchos de ellos jóvenes excombatientes sin antecedentes políticos significados o bien *camisas viejas*, otros vinculados social o políticamente a las elites locales de preguerra, pero casi siempre bien integrados en FET-JONS. Se iniciaría así un largo periodo de predominio del partido único, extendido al menos durante todo el *primer franquismo*, aunque a veces prácticamente hasta la transición, y que fue de la mano del notable peso adquirido por los falangistas al frente de los gobiernos civiles.

El estudio de la política en este marco territorial nos lleva, por tanto, a las figuras decisivas en la articulación de la dictadura y sus políticas en las provincias: los gobernadores civiles. Más allá de la necesidad de un estudio más global sobre los gobiernos civiles, quienes los ocuparon y las políticas que desplegaron, el sexto capítulo se centra en la cuestión de la unión de los cargos de gobernador civil y jefe provincial del Movimiento. Esta unión, ensayada en algunas provincias durante el último año de la guerra, se fue ampliando a todas ellas en la primera mitad de los años cuarenta, como respuesta a la continua conflictividad generada por la existencia en cada demarcación de dos autoridades que aspiraban a ejercer el liderazgo político, una dependiente del Ministerio de la Gobernación y otra de la Secretaría General del Movimiento. Creo que el análisis de las personas nombradas de forma conjunta para ambos cargos y de las políticas desarrolladas permite desmontar la tradicional visión que interpretaba esta unión como una nueva derrota del partido, poniendo de manifiesto que de facto significó el asalto de los falangistas a los gobiernos civiles, en su gran mayoría ocupados por azules, por lo general de la vieja guardia. Como he indicado antes, lejos de cambiar después de 1945 esta situación fue la predominante en las décadas siguientes, lo cual

consolidó la función de FET-JONS en el control de la vida política de las provincias y la provisión de los cuadros que gestionaron las diputaciones y los ayuntamientos [12].

El apartado que cierra este segundo bloque y el libro presenta una comparación entre las dictaduras fascista y franquista, al objeto de localizar las similitudes y las diferencias existentes entre ambos regímenes en sus políticas provinciales, especialmente en dos de los temas centrales del libro: el papel desempeñado por los respectivos partidos únicos y la caracterización del personal político local. El análisis del amplio trabajo de la historiografía italiana sobre los *fascismos locales* permite conocer de primera mano las características que asumió la relación entre el centro y la periferia en el *ventennio*, esto es, el periodo entre 1922 y 1943. Obviamente, existieron diferencias insoslayables entre el caso italiano y el español, resultado de las muy distintas formas de asalto al poder que permitieron a Mussolini instalarse en el Palazzo Venezia y a Franco en El Pardo, de las disparidades entre el Partito Nazionale Fascista (PNF) y Falange Española Tradicionalista (FET-JONS), así como de las peculiaridades socioeconómicas, políticas y culturales de cada nación. En todo caso, el resultado apunta también un notable paralelismo con el caso de la España del *primer franquismo*, como podrá observar el lector, al menos en tres aspectos: la heterogeneidad de las casuísticas locales y regionales; el acentuado fenómeno de una restauración inicial en los poderes locales de las viejas élites, de origen en muchos casos ajeno al fascismo; así como la tendencia a su posterior sustitución o relevo por una nueva leva de cuadros mucho más vinculados a cada régimen y, en especial, al respectivo partido único. Podría decirse, como conclusión, que ambas dictaduras tendieron a generar su propia «clase política», plenamente adicta, un proceso en que los partidos únicos tuvieron una función determinante.

En suma, el análisis de la política provincial y local durante la dictadura franquista confirma la imagen de un Estado extremadamente centralista y autoritario, que funcionaba con una fuerte jerarquización de arriba hacia abajo, desde el centro a la periferia. La comparación con Italia permite asimismo constatar la validez de la caracterización que hizo Martí Marín sobre un «modelo genéricamente fascista de administración local», que respondía claramente a concepciones y objetivos totalitarios. Se trataba de un sistema que podía dar lugar a situaciones diversas, a diferentes «lógicas de la victoria», pues debía adaptarse hasta un cierto punto a los variados contextos locales, por ejemplo seleccionando a las autoridades locales y provinciales en función de los elementos disponibles con los que interesara contar, del prestigio o los apoyos que estos

[12] En los últimos años estamos estudiando a fondo la cuestión de los gobiernos y los gobernadores civiles Julio Ponce, Martí Marín y quien escribe estas líneas. Espero poder publicar más adelante una investigación que corrobora con detalle tanto el predominio de los hombres fieles del partido al frente de los gobiernos civiles, como el destacado protagonismo de la Secretaría General del Movimiento en la selección de los gobernadores y en la provisión de orientaciones políticas para los mismos, un papel muy notorio hasta 1957, pero aún relevante hasta la misma disolución del Movimiento en abril de 1977.

tuvieran dentro del bando vencedor, así como, sobre todo, de la absoluta fidelidad al régimen y a la cadena de mando. Por supuesto, el sistema generó y favoreció nuevas redes de clientelismo y una extensión rampante de la corrupción, pero ni el clientelismo ni la relativa adaptación a los medios locales significaban —como ya indicó Antonio Canales— una negociación con las elites locales al estilo de lo que había sucedido durante el periodo restauracionista, pues se había establecido una nueva lógica de poder político mucho más vertical y dirigista [13].

En este nuevo modelo, en esta nueva lógica de poder, desempeñó una función central el partido único, tanto en lo que hace al control y la supervisión sobre estas administraciones periféricas, como en lo relativo a la provisión de los cuadros políticos que la gestionaron. En este sentido, el Movimiento constituyó un ámbito de poder fundamental y sus hombres mantuvieron durante décadas extensas áreas de gestión política, tanto en las provincias como en la administración central, así como en el aparato sindical, la red de prensa y propaganda, o las políticas sociales. Pero, además, los falangistas no solo fueron burócratas que ocuparon posiciones de poder, como una «clase de servicio» al servicio de los intereses de la clase dominante, sino que reprodujeron y actualizaron una cultura política fascista que influyó sobremanera tanto en los discursos oficiales como en el diseño institucional y el funcionamiento cotidiano de la dictadura. Desde luego, Falange dependía estrechamente de Franco, de hecho se presentaba como su gran valedora y soporte, pero no es menos cierto que Franco dependía de Falange para mantenerse en el poder, contrarrestar las presiones de otros sectores (monárquicos y *católicos* sobre todo) y sostener el entramado que gestionaba el régimen. Asimismo, para entender la situación debe tenerse en cuenta también el peso de la profunda y duradera fascistización de amplios sectores de las derechas españolas, que sin ser específicamente falangistas acabaron por compartir un conjunto de ideas y mitos comunes en torno al «espíritu del 18 de julio», lo que favoreció en muchas ocasiones su posicionamiento en el entorno del partido. Por ello, como ya indicó Damián González, es necesario dejar de contemplar a la Falange-Movimiento desde la óptica de la auxiliaridad y la subordinación al Estado —un Estado, cabría subrayar, bastante teñido de azul— y situarlo como un componente esencial de la dictadura [14].

La dictadura franquista estuvo lejos de ser, por tanto, una mera dictadura conservadora o reaccionaria destinada a preservar un *statu quo* anterior, una simple vuelta atrás. La *crisis hegemónica* atravesada por la sociedad española desde 1917 llevó a

[13] Las ideas planteadas en este párrafo ya fueron expuestas en su día por M. Marín, *Els ajuntaments franquistes a Catalunya. Política i administración municipal, 1938-1979*, Lleida, Pagès, 2000, y A. Canales, «Las lógicas de la victoria. Modelos de funcionamiento político local bajo el primer franquismo», en *Historia Social*, n.º 56, 2006, pp. 111-130.

[14] D. González Madrid, «La banalización de FET-JONS», *Spagna contemporanea*, n.º 39, 2011, pp. 7-30.

buena parte de las derechas a buscar nuevas fórmulas de organizar la relación entre la sociedad y el Estado. Entre 1923 y 1930, Miguel Primo de Rivera y sus seguidores ya habían ensayado un modelo novedoso de Estado autoritario, fundamentalmente nutrido de ideas del regeneracionismo conservador, el nacionalcatolicismo y el nacionalismo autoritario, sin obviar cierto influjo del fascismo italiano. Después, la llegada de la democracia republicana generó desde 1931 un extenso desafío al orden socioeconómico, cultural y político, ante el cual se acentuó el viraje antiliberal, autoritario y radical de las derechas. A partir de la guerra civil, la extensión y la radicalización de las culturas políticas antiliberales, destacadamente la falangista, así como las dinámicas políticas concretas en que nació y se desarrolló el régimen de Franco, permitieron la imposición de un proyecto mucho más radical en su afán de refundación, de renacimiento nacional.

En ese sentido, a pesar de las apariencias de continuidad en el entramado administrativo y de la sangrienta revancha de clase que avanzó de la mano de las tropas rebeldes, el llamado *Nuevo Estado* supuso una profunda ruptura con respecto al pasado. Una ruptura violenta, radical y completa con el pasado inmediato, con la democracia republicana, pero también un neto corte con el tiempo liberal, en favor de un Estado totalitario dentro del cual el partido único estaba llamado a desempeñar unas funciones de primer orden. Desde luego, a lo largo de cuarenta años la dictadura experimentó inevitablemente cambios, sin los cuales difícilmente hubiera podido subsistir, pero estos no alteraron las bases de un sistema cuyas líneas esenciales habían ido siendo establecidas entre la guerra civil y los primeros años cuarenta. Una dictadura de partido único en el cual la sociedad debía quedar firmemente regimentada, subordinada y ahormada según los parámetros emanados desde un poder con una inequívoca voluntad totalitaria. Claro está que la sociedad, pese al constante despliegue de la represión, la propaganda y demás mecanismos utilizados por el régimen, fue capaz de resistir en muchos casos sus afanes de penetración y moldeamiento social, sin olvidar el valiente empeño de una minoría de opositores antifranquistas que plantaron cara a la dictadura. En todo caso, esto último quedaría más allá de los objetivos de este libro, que se orientan sobre todo a mostrar los objetivos, los esfuerzos y la presencia política de los fascistas en la España de Franco.

Como asignatura pendiente de la historiografía estaría aún investigar sobre los efectos a medio y largo plazo de esta presencia falangista, así como sobre las herencias de las culturas políticas franquistas —nacionalismo reaccionario, falangismo, catolicismo político…— en la política y la sociedad de la democracia recuperada desde 1977-1978. Quizá este estudio permita comprender cómo puede haber pasado España, tan rápidamente, de la supuesta excepcionalidad de un país sin una ultraderecha sólida, en un marco europeo en que la nueva derecha radical populista venía largamente avanzando, al auge de la extrema derecha y la derecha extremada que venimos sufriendo en los últimos años. Cabe pensar que, más allá de los factores sin duda novedosos, una parte de ellos de alcance internacional, este auge del extremismo de derechas no pueda entenderse sin atender a las continuidades culturales de fondo, bien visibles tanto en la derecha mediática de las últimas décadas como en una nueva ultraderecha para nada tan nueva.

LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA ESPAÑOLA HA DISCURRIDO EN LÍNEAS GENERALES POR UNOS procesos similares a la europea, si bien con una notoria divergencia entre 1945 y 1977. Ciertamente, la dictadura franquista nació impulsada por un marco tan europeo como el de la 'Era de los fascismos', pero desde 1945 se convirtió en un caso excepcional: un régimen de partido único en que este (Falange Española Tradicionalista y de las JONS, luego Movimiento Nacional) tenía un carácter o matriz fascista.

Existen numerosos libros que se ocupan de Falange, pero aún son muchos los equívocos y los desaciertos que se mantienen sobre esta fuerza. Con frecuencia, se escribe solo sobre su etapa fundacional o, como mucho, la que va hasta 1945, pese a que su mayor peculiaridad fue su larga permanencia como partido oficial, nada menos que hasta abril de 1977. Además, ha sido habitual durante mucho tiempo el minusvalorar notablemente su relevancia en la construcción, el sostenimiento y la búsqueda de legitimación social de la dictadura.

Por ello, *España en camisa azul* pretende acercar a sus lectoras y lectores a lo que significaron Falange y el falangismo en la España de Franco, a partir de los resultados de numerosas investigaciones de las últimas décadas. En especial, se trata de mostrar los grandes rasgos de la evolución del falangismo, sus características más notables como ideología y cultura política, así como la importante función que desempeñó el partido en el control y la gestión política de las provincias, que permitió al franquismo extender sus lazos tentaculares, buscar complicidades y desarrollar sus políticas por todo el país.

COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-478-8
9 788413 694788